

1 – Las cadenas del tiempo

Año 2013. Último día del mes de Septiembre en la bella y multicultural ciudad de Granada, y no digo lo de bella de forma condescendiente para quedar bien con mis paisanos, simplemente es mi tierra y la encuentro bella porque la amo: el amanecer dorado haciendo brillar Sierra Nevada, los primeros despuntes del sol formando arbores en el cielo, los atardeceres paseando por la vega granadina, el parque Federico García Lorca, las vistas de la ciudad desde el mirador de San Nicolás, el Paseo de los Tristes a pie de la Alhambra, o una buena granizada en la Fuente de las Batallas.

Me encontraba caminando dirección al supermercado: tenía por costumbre realizar la compra semanal a principios de semana. Andaba con suma tranquilidad y un leve trazo feliz en mis labios, respirando el aire fresco de principios de otoño y con las palmas de las manos abiertas adelante: me gusta permitir que la suave brisa resbale entre mis dedos. Mi deambular relajado resultaba evidente en comparación con los demás transeúntes, que me adelantaban por ambos lados a paso ligero. Incluso algunos me lanzaban miradas aviesas, con el ceño fruncido, como si les molestase encontrarse con alguien que se da el permiso de no correr para ahorrar tiempo.

En esos días, porque no todos los días estaba lo suficientemente sosegado como para pasear en vez de correr atrapado por las horas del reloj, o, peor aún, caminar cabizbajo y la expresión adusta, signo evidente de una mente encapotada

con pensamientos de preocupación, me satisfacía andar con la cabeza alzada, interesado en cuanto ocurría a mi alrededor y dándome igual si resultaba trascendente o intrascendente. Para mí, en esos días, resultaba todo relevante e incluso maravilloso.

De repente, noté por detrás un impacto contra mi hombro: era otro viandante, adelantándose con demasiada prisa, esquivando peatones y pidiendo disculpas con la mano alzada, pero sin detenerse ni mirar atrás. ¿Qué hace la gente con el tiempo que consigue ahorrar, corriendo todo el día? ¡Aburrirse! ¡Es el deporte nacional! Llegan a sus casas y se quedan embobados frente al televisor, esperando que sea la hora de dormir para, al siguiente día, repetir su monótona vida. ¡El sistema capitalista está consiguiendo que el Hombre sea un auténtico autómeta, sin voluntad propia!

Por suerte para mí, transitaba una de esas épocas en las que a menudo conseguía romper las cadenas del tiempo y adentrarme en los pequeños detalles diarios: el trinar de los pájaros en pleno vuelo, los rayos de sol bañando mi rostro, el sonido del aire meciendo las copas de los árboles, el arrullo de las palomas al recibir comida de los turistas, o la maravillosa sensación que produce el cosquilleo resbaladizo de la brisa por mis mejillas.

Respiré hondo con los ojos cerrados y elevé mi rostro al cielo, degustando los placeres del momento presente. Era ciertamente en esos momentos que me daba cuenta qué, el tiempo, que por definición es una magnitud que permite ordenar acontecimientos estableciendo un pasado, un presente y un futuro, es un concepto creado para ubicar sucesos y ordenarlos, lo cual nos permite establecer un principio y un final, pero no para hacer del concepto una trampa en la que la

mente se ve atrapada y, por ello, prisionera de una vida no vivida.

El propósito del tiempo es que aprendas a usarlo de forma constructiva. El tiempo es, por lo tanto, un recurso de enseñanza y un medio para alcanzar un fin.

¿Un medio para alcanzar un fin? Si el tiempo es un *medio*, ¿cuál es su *fin*? Se nos ha concedido esta existencia humana para que aprendamos a ser felices. Alcanzar la felicidad es la finalidad del tiempo. Por eso:

El único propósito del tiempo es “darte tiempo”.

¿Puedes imaginarte lo que sería no tener inquietudes, preocupaciones ni ansiedades de ninguna clase, sino simplemente gozar de perfecta calma y sosiego todo el tiempo? Ése es, no obstante, el propósito del tiempo: aprender justamente eso y nada más.

Entré en el supermercado y, con sorpresa, no pude evitar fijarme en la cajera con ojos complacidos: nunca la había visto y resultaba evidente que era nueva, por un lado, y por otro, era... tenía... ¡qué preciosidad de mujer! Pelo largo, lacio y negro recogido en una cola que por algún extraño motivo resultaba elegante. Y digo extraño, porque a mí siempre me gustó el pelo suelto. Piel morena y estirada con total ausencia de maquillaje, lo cual le devolvía su naturalidad. Ojos color azabache acentuados con una mirada que reclamaba ser observada, y una perfecta simetría entre labios y nariz.

Reaccioné rápido al intento de mis pies de frenarse en seco para deleitarme, pero creo que el amago resultó demasiado evidente.

Ella me miró esbozando una sonrisa mientras pasaba los productos de una clienta por el lector laser. Yo le sonreí justo antes de asir un canasto para la compra, y, con calma, discurrí por los pasillos adquiriendo verduras, frutas y carne. Veinte minutos después, en el pasillo de los productos de limpieza, giré la cabeza a la entrada, y observé en la distancia a la nueva cajera. El traje de empresa le quedaba bastante grande. ¡No le quedaran de su talla! —pensé—. Desde luego, con aquella camisa dos medidas más grandes y los pantalones plegados y sujetos por una correa, no se podía intuir el contorno de su cuerpo, y, aun así, había algo en ella que me atraía poderosamente. ¡Qué era no lo sabía! Pero sentí el irresistible impulso de conocerla. ¿Quién es? ¿Cómo se llama? ¿De dónde es? ¡Frénate, Roberto! —me dije a mí mismo, apartando mis ojos—. No son muchos los días que consigues disfrutar de la serenidad que otorga una mente libre de las cadenas del tiempo. No permitas que ninguna fantasía, por muy dulce que sea, te disperse.

Terminé de realizar la compra y me dispuse a pagar. Mientras esperaba mi turno, observé el tarjetero que colgada de su pecho: Raquel. Así se llamaba aquella dulzura de mujer que la vida había colocado en el supermercado en el que compraba durante el curso universitario desde hacía cuatro años.

—Buenas tardes —saludó amable—. ¿Quiere bolsas?

—Hola. Sí, por favor, dame tres.

Conforme pasaba los productos, descubrí que en sus dedos no lucía ningún anillo de compromiso. Supuse que no superaba los veinticinco años, a lo sumo veintiséis.

—¡Hola Roberto! —me saludaron desde atrás, efusivamente—. ¿Ya estás aquí para un nuevo curso?

—Hola Nerea. Sí, con las pilas cargadas y muchas ganas.

Nerea trabajaba en el supermercado desde antes que yo me mudase al barrio de la Cartuja, cerca de la Facultad de Psicología de la Universidad de Granada. Medía alrededor de uno setenta y cinco, pelo negro, ojos color verde esmeralda, tez clara y cutis estirado. No era la encargada, pero poco le faltaba. Desde que la conocí, la había visto trabajar en todos los puestos y conocía perfectamente el funcionamiento de todas las áreas del supermercado. Algunas veces la llamaba cariñosamente “*Nerea la suiza*”, por aquello de las navajas suizas que son multiusos, como ella en el supermercado. Me dio dos besos.

—Este es tu último año de carrera, ¿verdad?

—Así es.

—¡Pues cuando acabes no te olvides de mí! —me advirtió, alzando un dedo a la vez que inclinaba levemente la cabeza—, que con lo mal que tengo la cabeza, me hará falta un buen psicólogo que ordene el desorden que tengo aquí dentro —se tocó la sien, con el mismo dedo que había alzado.

—Para ser una magnífica *suiza* multiusos te valoras muy poco. A ti no te hace falta ningún arreglo, de hecho, ¡ya quisieran muchos estar como tú!

—Tú como siempre rellenando de ánimo los vasos medio vacíos —Nerea se rio, dándome una palmadita en la espalda—. Me alegro de que estés otra vez por aquí.

—Son 30,25 € —me dijo Raquel, la nueva, ayudándome a introducir la compra en las bolsas: no había ningún cliente esperando.

Mientras sacaba el dinero del bolsillo, reparé en que su voz sonaba dulce como el caramelo y atractiva como el amanecer,

lo cual me confirmó que aquella mujer tenía un no sé qué, que qué sé yo, que yo qué sé...

—A mí también me gusta la Psicología —expresó con suavidad, cortando mis pensamientos sin dolor ni fastidio. La miré atrapado en esa perfecta simetría que me tenía obnubilado, preguntándome qué clase de diosa cambia los placeres celestiales por un puesto de cajera en el supermercado de la esquina—, sobre todo —continuó ella—, la parte en la que una puede aclarar y solucionar sus problemas para ser más feliz.

Sus palabras, unidas al timbre de su voz, me provocaron un estremecimiento que entró por mis oídos y, bajando por la nuca, me recorrió la espalda y el dorso de los brazos. ¡¿Quién diablos era esa mujer que me provocaba tan particulares sensaciones?!

—¿Lees a algún autor en concreto? —me interesé porque lo deseaba, pero también, para no parecer un bobalicón que la observaba congelado.

—He leído un par de libros de Jorge Bucay —respondió entregándome la vuelta del dinero.

—¡Qué bueno! Yo empecé a interesarme por los entresijos de la mente con Jorge Bucay. Ese maestro argentino es maravilloso. Sus libros me ayudaron mucho en su momento. ¿Sabías que tiene más de dieciocho escritos?

—¡Tantos! —se sorprendió sin dejar de sonreír—. No lo sabía. Buscaré más para leer.

—¡Ya me contarás! Hasta la semana que viene —me despedí, agarrando las bolsas.

—Adiós.